

Vista aérea de la zona donde están enclavadas las Atarazanas, a la izquierda del monumento a Colón.

LAS ATARAZANAS DE BARCELONA

Adolfo Florensa. Arquitecto

Las ciudades importantes del Mediterráneo han poseído todas en la Edad Media astilleros o grandes talleres de construcción naval. En las del Levante español, que pertenecieron a los árabes más o menos tiempo, estos astilleros se citan en los documentos, incluso cristianos, con los nombres *araçana*, *daraçana* o *daraçanal*, palabras árabes que han dado: en catalán, *drassana*; en castellano, *atarazana*, y en varios idiomas, *dársena* y *arsenal*.

Desde el siglo x existieron en las costas del Ampurdán astilleros, de donde salían las naves que iban a combatir a los sarracenos. Pero hasta 1149 no encontramos una referencia precisa. En esa fecha, el conde Ramón Berenguer IV da a los judíos de Tortosa la atarazana de dicha ciudad, para construir sesenta casas: "... *Dono vobis omnibus iudeis de Tortosa et omni iure progeniei in propria hereditate illum locum in Tortosa quod appellatur daraçana simul cum ipsis turribus in circuitu quae sunt XVII, ad construendum et aedificandum ibidem LX mansiones...*" (1).

(1) RAMÓN O'CALLAGHAN: *Anales de Tortosa*. Tortosa, 1895.

Este documento contiene dos datos interesantes: uno, la comprobación de la existencia y del nombre de *daraçana* en Tortosa, en el siglo XII, y el otro, la importancia que tenía, puesto que estaba fortificada con diecisiete torres.

En cuanto a Barcelona, parece que, mientras la ciudad estuvo encerrada en sus muros romanos (2), la construcción de naves se llevó a cabo en la playa próxima a la puerta de Mar o del Regomir, que venía a corresponder a la parte más interior del presente puerto, cerca de la Lonja actual. Aun hoy, una de las calles vecinas se llama de la Fustería, por las naves (*fustes*) que allí se construían. Más tarde se utilizó también la playa situada entre la desembocadura del torrente (en árabe, *ramla*), que correspondía a la actual Rambla y la montaña de Montjuich. En 1243, Jaime I prohíbe la construcción de casas en esa parte de playa, y para limitarla por el Oeste se sirve de las palabras *ab arazana quae est versus occasum*, lo cual indica la existencia,

(2) Véase nuestro artículo "Murallas romanas en Barcelona", en el número de esta Revista de marzo del corriente año.



1	2
3	4
5	6

1. Naves del siglo XV, ocupadas por el Museo Marítimo.— 2. Monumental escalera, destinada quizá al palacio que Juan I pensaba levantar cerca del mar.— 3. Parte de las naves construidas entre los siglos XVI y XVII.— 4. Una vez limpia de escombros y con los arcos nuevamente abiertos, el espacio se dilata en todas direcciones.— 5. Otro aspecto del bosque de pilares y arcos.— 6. A principios del siglo XVIII, uniendo las dos naves centrales de las antiguas Atarazanas, se obtuvo ésta, realmente soberbia, cuyo suelo en pendiente salía al mar directamente.

ya en esa fecha, de un astillero en el mismo lugar que las actuales atarazanas. Un documento de 1255 las cita de nuevo.

Fué Pedro el Grande, el rey de las grandes empresas, quien convirtió la atarazana-playa en un edificio. Para ello acotó la parte de playa utilizada, cerrándola con un muro por el fondo y los lados en forma rectangular, y dejándola, seguramente, abierta hacia el mar, para poder varar las naves. En ambos lados formó unos pórticos con arcos semicirculares, para guardar materiales y herramientas, y en los cuatro ángulos construyó sendas torres almenadas. La figura muestra el contorno de esta primitiva atarazana sobre la planta del inmenso y complejo edificio que ha llegado hasta nosotros. Pero lo maravilloso es que esta primitiva construcción se ha conservado en gran parte. El pórtico (las botigues de los documentos medievales) de Levante se encontró entero, intercalado entre los pilares y arcos de épocas posteriores. El de Poniente ha sido menos afortunado, pues ha desaparecido en gran parte; pero un arco casi entero y tres dovelas de otro atestiguan también su existencia. De las cuatro torres, dos persisten: una, conservada íntegra entre las construcciones posteriores, y que la restauración ha hecho visible; la otra, incorporada a las murallas góticas de la ciudad (de las que trataremos en un posterior artículo), fué privada, en la época de la artillería, de sus almenas. Las dos restantes, que corresponden a la parte de mar y ya no existen, se reconocen todavía claramente en los planos del siglo XVIII.

En estos astilleros tan antiguos se trabajó para la expedición a Sicilia, en 1281; entonces empezaron a construirse naves de tres puentes; en las Ordenanzas de 1258, en efecto, no se habla más que de las de uno o dos.

Unos cien años después de construída esta primera atarazana de Pedro el Grande, su bisnieto, el Ceremonioso, pensó en ampliarla. Ya en 1373 había querido construir una nueva en el lugar llamado *Pescadería nova*, cerca de la Puerta de San Daniel; pero tuvo que renunciar a ello por la oposición del Consejo de Ciento. Y, sin embargo, los mismos consellers reconocían que la vieja construcción de Pedro el Grande no estaba ya a la altura de las necesidades. "Com la dita Atarazana vostra, Senyor—dicen los consellers en 1378—, no sia coberta, e per açó les galees estiguen dins aquella a sol e a vent e a pluja..." Los consellers proponen, pues, al rey hacerla "...ab pilars e archs de pedra, segons que ja, per lo Senyor Rei en Pere, besavi vostre, fo començat". Proponen también rodearla de muros y torres, de manera que "les fustes y poran estar sens perill denemichs" (1).

El rey Pedro IV acepta, y llega a un convenio con la ciudad y la Diputación. La primera había de contribuir con 10.000 florines; el rey, con 7.000, y la Diputación (o Comisión Permanente de las Cortes), con una cantidad que no se cita, probablemente menor que las anteriores. La que correspondía al rey tuvo también que ser adelantada por la ciudad, de manera que ésta fué, de momento, la que llevó todo el peso de la obra.

Esta consistió en ocho naves de dos tramos en la par-

te inmediata al mar de la primitiva atarazana y ocho más en la parte de tierra. Cada unidad podía cobijar una galera (en total, pues, dieciséis), y en medio quedaba una gran área descubierta.

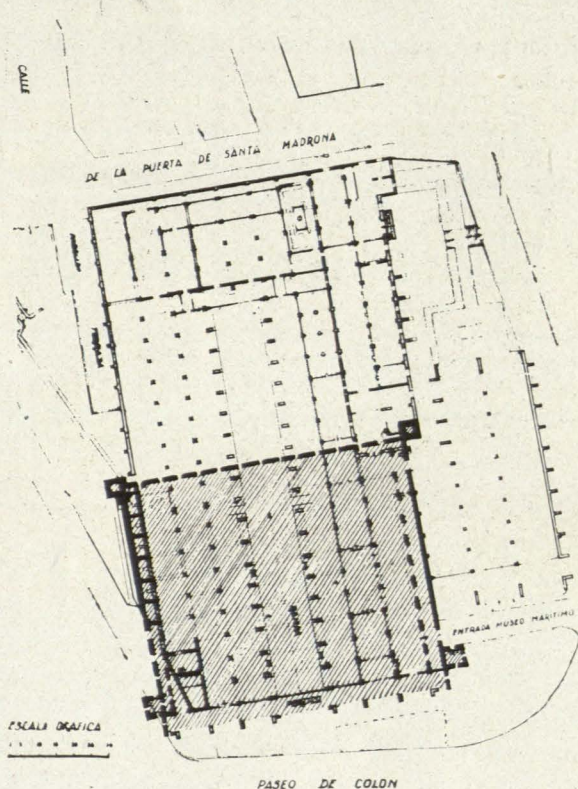
Estas construcciones se reconocen perfectamente. Los arcos próximos al mar llevan los escudos real y de la ciudad; los de la parte de tierra, sólo el real, muy típico del siglo XIV, timbrado con corona. Estos segundos debieron de ser algo posteriores.

Poco más tarde se levantó un cuerpo de edificio en el ángulo Norte de dos naves, con doble piso: el inferior, de madera, y el superior, con arcos semicirculares en una nave y apuntados en la otra. Estas naves, restauradas hace unos años por la Diputación Provincial, son de un efecto bellísimo y albergan parte del Museo Marítimo. La escalera que da acceso a la planta alta, muy monumental, hace pensar si no estaría destinada al palacio que Juan I se proponía levantar allí, según convenio de 1391 con la ciudad. La mayor parte de ese cuerpo de edificio parece corresponder al siglo XV.

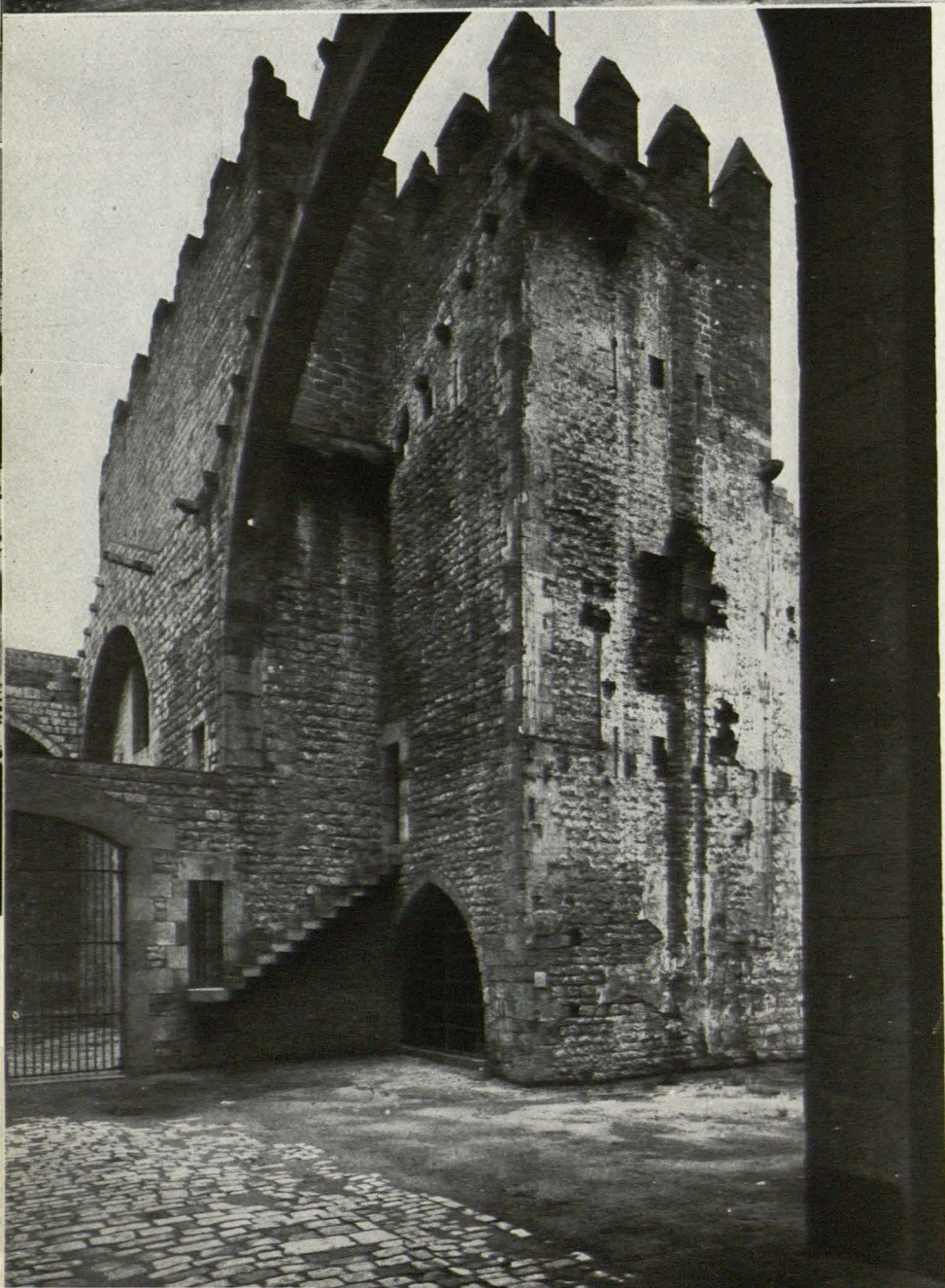
Pero las atarazanas siguieron creciendo. El patio dejado libre en el siglo XIV se cubrió, y el conjunto se prolongó, formando ocho larguísimas naves. Luego, en el primer cuarto del siglo XVIII, con el fin de obtener mayores ámbitos, se unieron las dos centrales en una realmente monumental.

Fuera de este bloque, pero contiguo a él, se levantaron en tiempo de Felipe II tres grandes naves más, muy amplias, parte de las cuales forman hoy la Sala Capmany del Museo Marítimo, y el resto, un pórtico. Las laterales tienen de luz 11,67 m.; la central, 12 me-

Planta de las Atarazanas de Barcelona. El rectángulo rayado indica la construcción del siglo XIII, conservada en gran parte.



(1) MADURELL MARIMON: *Pere el Ceremoniós i les obras públiques*.



Los arcos semicirculares bajos del fondo son parte de uno de los pórticos laterales de la Atarazana primitiva. De finales del siglo XIII o primeros años del siglo XIV es esta bella torre almenada, que se ha conservado íntegra entre construcciones posteriores.



Fachada de ingreso. La puerta, que se ensanchó desmesuradamente para dar paso a piezas y arzones de artillería, será reducida a su dimensión original.

tros; mientras que en la atarazana antigua, las naves tienen 8,40 m. de luz, y sólo al reunir las dos centrales se obtuvo una amplitud de 13,15 m., dando el resto a los grandes estribos que estos arcos necesitaban.

Aunque hablamos de naves, no se trata en realidad de bóvedas, sino de cubiertas de entramado de madera sobre arcos diafragmas en piedra; pero los pilares, cuadrados, están unidos también por arcos en el sentido longitudinal; estos arcos, además de trabar los delgados apoyos, permiten conducir las aguas pluviales por larguísima canales siguiendo las limahoyas.

Durante la guerra de liberación, por los bombardeos frecuentes en la zona portuaria, fueron destruidas gran parte de las cubiertas, e incluso un arco resultó tocado por una bomba, que lo pulverizó; otras cubiertas quedaron en estado tan precario que han tenido que desmontarse, por el peligro que ofrecían. Las naves, en toda la parte no ocupada por el Museo Marítimo, que es la mayor, quedaron llenas de ingentes montones de

escombros, y por haber sido el edificio, durante los siglos XVIII y XIX, Maestranza de Artillería, muchos de sus arcos estaban tapiados, con lo que se perdía todo el efecto de su grandiosidad interior.

Recientemente, el Ayuntamiento, mientras se estudia la posibilidad de rehacer las cubiertas, ha descombrado completamente los interiores, excavando la grada con sus diques que existió en la gran nave central, con pendiente en comunicación directa con el mar; ha deruido todos los muros que cegaban arcos y ha recuperado toda la monumentalidad de este inmenso edificio, que, con sus 16.000 m² de superficie total cubierta y con sus series interminables de pilares y arcos en todos sentidos, constituye un ejemplar hoy seguramente único en el mundo. Las figuras dan una idea del efecto interior y exteriores, que, aunque muy inferior a la realidad, es suficiente para juzgar del valor de este testimonio de las pasadas glorias marítimas de Barcelona y de España.

La fachada de las Atarazanas al mar, después de restaurada.

